

Lancelot Cowie

Imagen de Francisco de Miranda en la narrativa venezolana contemporánea*

En su artículo titulado "Caracas, 1810: el americanismo de la Venezuela incipiente", Carlos Pacheco concluye que la vida de Francisco de Miranda (1750 - 1816), uno de los más grandes precursores hispanoamericanos, encarna todos los elementos para la realización de un proyecto novelístico. Luego de la lectura del corpus literario mencionado más adelante, corroboramos la posición del crítico venezolano, y podemos afirmar que los periplos de Miranda por el mundo, sus campañas militares, sus aventuras amorosas, las traiciones y su posterior encarcelamiento pueden nutrir el imaginario literario latinoamericano. La recreación y la acentuación de las aventuras y empresas militares de este personaje se enmarcan en escenarios de África, Europa y de América del Norte con el propósito estético de realzar el retrato de su pintoresca vida, sus avatares políticos y sus incansables luchas por la libertad e independencia de la América española.

Algunos de los más destacados historiadores y ensayistas, Arturo Usler Pietri, Mariano Picón Salas, Salvador de Madariaga y José Nucete Sardi, presentan la vida del prócer a partir de diferentes ángulos de simpatía. Aún escritores anglófonos como V.S. Naipaul no son inmunes al sesgo tendencioso expreso, por ejemplo, en *A way in the world* (1994) donde el laureado escritor trinitario desolemniza la heroicidad de Miranda, tildándole de simulador, contrabandista y desertor.

La literatura venezolana —y en menor medida la colombiana— conforma el campo de estudio de este análisis. Tanto la narrativa como el teatro conceptualizan con rica diversidad la gesta emancipadora de Francisco de Miranda: *Bolívar, el hombre crucificado*, Mario H. Perico Ramírez (1976); *La tragedia del Generalísimo*, Denzil Romero (1987); *Gran Tour*, Denzil Romero (1987); *La entrega de Miranda o El maestro y el discípulo*, Alejandro Lasser (1990); *Pagadero al portador*, Carlos Pérez Ariza (1997); *Para seguir el vagabandar*, Denzil Romero (1998); *Los papeles de Miranda*, Mario Szichman (2000); *Bolívar y Josefina*, Gladys Revilla Pérez (2000); *La última batalla del Generalísimo*, Edinson Pérez Cantor (2003); *Las dos muertes del general Simón Bolívar*, Mario Szichman (2004); *La casa de Altigracia*, Carlos Machado Allison (2004); *La última muerte de Simón el triste*, Eduardo Casanova (2004); *Miranda el hijo del mulato*, Ángel Miguel Rengifo (2006)¹.

Las obras recién citadas abordan literariamente distintos momentos de la vida del héroe: su prosopografía, su prisión en La Carrara, las dudas sobre la posible traición, las distintas razones de la capitulación militar en Venezuela además de sus ideas emancipadoras, su vida social y familiar en Londres y en Europa. Al mismo tiempo, la polémica sobre su fallido intento libertador se formaliza en las obras enfren-

* El ensayo se escribió en el marco de la actividad del Grupo de Investigación Hungría, Europa, Iberoamérica de la Academia de Ciencias Húngara y de la Universidad de Pécs. (MTA-PTE Magyarországi, Európa, Ibero-Amerika Kutatócsoport).

¹ Cabe recordar que Francisco de Miranda ya aparece como "El Conde de Altamira", personaje de *Rojo y Negro*, novela de Stendhal publicada en 1830.

tando, de manera recurrente, a Francisco de Miranda y Simón Bolívar mediante el uso de distintos recursos literarios.

La incorporación del género dramático en la trama narrativa se convierte en un mecanismo estructural clave que en *Pagadero al portador* de Carlos Pérez Ariza y en *Las dos muertes del general Simón Bolívar* de Mario Szichman los autores utilizan con maestría para retratar a Francisco de Miranda y las confusiones que lo circundan de una manera más vivaz y transparente; a la vez, el lector queda enfrentado con el personaje y se ve comprometido a reflexionar e indagar sobre las polémicas en torno al protagonista. Mientras Mario Szichman incorpora el diálogo teatral para enfatizar los sucesos de la capitulación de Miranda, Carlos Pérez Ariza ahonda la relevancia de este recurso estructural en su novela. La voz narradora en *off* que precede y concluye con sus observaciones cada uno de los tres actos dispersos de la obra "Los Emperadores", asume el compromiso de transcribir la versión oral que el mismo Miranda recuerda de su posible drama que jamás escribió pero que, curiosamente, sueña febrilmente en La Carrara. De tal manera, esta voz narradora se reafirma ante el lector como conocedora de la vida y del mundo interior del Generalísimo. Los Actos I (pp. 67-70; 98-101) y II (pp. 128-129; 129-131) reúnen a Napoleón, Fouché y Miranda en el Cuzco para una entrevista con el Emperador Inca. Los diálogos transparentan las intenciones diametralmente opuestas entre Miranda y el Emperador francés en torno a la libertad de América Latina y a la importancia de un posible incanato, clase de gobierno autónomo que llevaría al continente a lograr su auténtica libertad. Las honestas intenciones de Miranda, expuestas en un sustancioso monólogo que compone la Escena 3 del Acto II, le valdrán acusaciones de monárquico, arruinando su búsqueda de libertad, independencia y unidad para América Latina. La invención de esta tragedia inédita y perdida le permite a Carlos Pérez Ariza consolidar su simpatía con el héroe cuestionando, al mismo tiempo, los sucesos históricos. El drama eleva la figura de Francisco de Miranda a aquella del héroe de la tragedia griega, víctima inocente de un destino inexorable y tramposo: "Como todas las traiciones clásicas, ésta también fue en una cena." (p. 66). Tal afirmación, preámbulo de la voz en *off* al Acto I, engarza con el Acto III y final donde la misma voz monologa, ante un Miranda desnudo en su celda de La Carrara, sobre la vida errante del héroe y sus desencuentros. El final, reafirma la frase de apertura arriba citada, enalteciendo al héroe trágico:

¿Qué ha perdido en el camino Miranda? (...) Estaba libre, no obstante del remordimiento y de la pena, sobre todo de la pena por lo que podría haber hecho y no pudo ser, pues sabía que esa es la más dolorosa pena. Su alma era libre y eso, al menos, lo sentía con firmeza. Le quedaba ese hálito de soplo fresco en el pecho que sienten quienes saben que actuaron siempre con la bondad del alma por delante. (p. 166)

La intertextualidad cobra un sesgo relevante en la novela *Miranda el hijo del mulato*. Ángel Miguel Rengifo reafirma en la "Nota Preliminar" su intención de despojar a la figura de Francisco de Miranda de las deformaciones y malas interpretaciones de la vida del personaje. Por tal motivo, el escritor incorpora en la trama novelesca, a modo de discurso directo, fragmentos literales de la epístola mirandina. Al cotejar algunos ejemplos solo se notan unos leves cambios gramaticales que modernizan y agi-

lizan el fluir del discurso. Cabe destacar que la lengua de Francisco de Miranda se distingue por su erudición y majestuosidad, opacando al narrador omnisciente. Miranda, ya encarcelado en Puerto Cabello en 1813, logra escribir una carta a la Audiencia de Caracas reclamando justicia con gran vehemencia. El extenso alegato escrito en las Bóvedas del Castillo de Puerto Cabello el 8 de marzo de 1813, constituye un buen ejemplo de intertextualidad y conforma el capítulo CII de *Miranda el hijo del mulato*².

Con el regreso a la historiografía, Ángel Miguel Rengifo propone reubicar a Francisco de Miranda en el contexto geopolítico y global de la época independentista. La novela describe la interacción social de Miranda en Europa, donde el prócer busca intencionalmente insertarse en los círculos políticos e intelectuales más eruditos de la época. Los estadistas, los jesuitas expulsados de España, los músicos renombrados, las personalidades monárquicas y políticas junto con los comerciantes clave de aquella época de la Ilustración, componen la atmósfera donde Miranda crea su ideal de emancipación americana. En su artículo "Ese admirable musiu nuestro", Elías Pino Iturrieta corrobora, a partir de una perspectiva histórica, el objetivo de Rengifo. Para el historiador venezolano, no debe asombrarnos que los ilustrados de las capitales más famosas de Europa del siglo XVIII concierten entrevistas para encontrarse con sabios de otras ciudades o que ciertas figuras de renombre reciban a desconocidos por su interés en el intercambio de novedades. Por otra parte, continúa explicando Pino Iturrieta, la conversación es sinónimo de sociabilidad para las clases intelectuales pues el reconocimiento se recibe por lo que hablan y no por lo que escriben. La conversación de contenido académico, por lo tanto, se transforma en un género que exige cualidades definidas y reglas precisas de expresión y de la voz (Pino Iturrieta, 2003:80). Por lo explicado anteriormente, *Miranda el hijo del mulato* incorpora la entrevista como uno de sus recursos estructurales. A lo largo de la novela, Francisco de Miranda interacciona y departe sin temor sobre múltiples temas; este retrato invita al lector a reflexionar sobre un personaje intelectual y militar que se desencontró con la realidad venezolana de los criollos. En términos generales, las obras de este estudio recalcan la crítica de Miranda a los venezolanos por sus vicios, su envidia, su indecisión en la lucha libertadora. Los tilda de "bochincheros" y "aristocracia del cacao"; fustiga su ignorancia, irresponsabilidad, corrupción y proclividad a la intriga.

Las elucubraciones de Miranda en tan selectos círculos sociales versaban sobre la libertad de los esclavos, la economía, el mestizaje y la emancipación de América Latina, tema que en *La casa de Altigracia*, Carlos Machado Allison desarrolla ampliamente en el contexto de una tertulia londinense (pp. 272-273; 342-343). Por su parte, Carlos Pérez Ariza agrega la cuestión de la sobrepoblación mundial en su novela *Pagadero al portador*. Para desarrollar esta última tesis, el escritor recurre a conversaciones imaginarias entre Miranda y Bonaparte, Mozart o Haydn causadas por ensoñaciones febriles que sufre el prócer, prisionero en Cádiz:

La atmósfera, el clima, la bruma, el acento áspero de los contertulios y, en fin, la conversación le sitúa de inmediato en la Viena donde su amigo Joseph Haydn le acaba de presentar a un joven compositor de cualidades excepcionales, y que ya ha alcanzado fama en todo el

² Cf. "Memorial de las Bóvedas del Castillo de Puerto Cabello" en Francisco de Miranda, *América espera*, pp. 374-480.

mundo civilizado, Wolfgang Amadeus Mozart, a quien acompaña otro personaje al cual no ha podido aun identificar en ese sueño espeso y sudoroso de la tarde-noche de julio. Mira con atención cómo unos naipes juegan sobre la mesa, pero no logra precisar el carácter de éstos ni con la exactitud la forma que toma la partida (...) Pero aquí los naipes son tan sólo una excusa una forma de sentarse reunidos en una misma mesa, para hablar de una idea, hecha ya teoría, que recorre todos los salones de Europa de finales de su siglo. Haydn confiesa no estar muy bien informado acerca de dicha idea, Mozart la explica con facilidad y claridad: "si la humanidad sigue creciendo al ritmo que llevamos, pronto no habrá alimentos en el mundo para mantenerla. Por tanto, querido maestro —tendremos que procrear menos... es simple". Miranda asiente y agrega que, "sin embargo, debido a las matanzas de italianos, y egipcios y toda clase de seres humanos, que hombres como Napoleón vienen realizando y que, al parecer, continuarán haciéndose en el mundo, la tal tesis de mister Thomas Robert Malthus - Miranda pronuncia este nombre poniendo énfasis en el correcto acento británico - no puede ser tan alarmista". Y además, agrega Miranda bajo ningún concepto podría aplicarse tan tremendo análisis a las tierras americanas, aún despobladas y provistas de inmensos recursos naturales. Muy por el contrario, allí habrá que procrear y mucho, mi querido maestro Mozart. (pp. 126-127)

En *Bolívar, el hombre crucificado*, el escritor colombiano Mario H. Perico Ramírez delinea la figura patricia de un Miranda maduro en Londres, con una personalidad aristocrática, culta y altanera:

alto, garboso, lucido, ancho de espaldas, de miembros fuertes, de quijada prominente. De mejillas sonrosadas, de tez blanca y manos y pies pequeños (...) El mentón salido, la barriga hundida y el ojo vigilante y la mano al desgaire como caída sin darle importancia sobre el pomo de la espada... (pp. 80-82)

De manera similar lo representa Carlos Machado Allison en *La casa de Alta-gracia*:

impecablemente vestido, con el pelo empolvado y a pesar de los años transcurridos, mantenía esa pose orgullosa y militar que sumada a su elevada estatura, generaba autoridad. (p. 269)

En las novelas analizadas, la imagen enigmática, ingenua, quijotesca y soñadora de este soldado de fortuna, alimenta el imaginario mirandino. Mario Szichman recrea con humor el roce de Miranda con Bolívar en Londres. En *Las dos muertes del General Simón Bolívar* el escritor se detiene en los modales exagerados del protagonista, el protocolo, la importancia de sus títulos nobiliarios y la etiqueta que tiene que adoptar frente a los rancios oficiales aristocráticos. La siguiente cita tomada de la novela de Szichman merece su transcripción por la genialidad con que parodia a la sociedad inglesa:

Mi querido Bolívar, si usted insiste en ser conocido con nombre que figura en sus credenciales, le quita a estos sajones su noción de supremacía. Ningún foráneo puede llamarse aquí tal como aparece en su cédula de bautismo. La mayoría de la gente que me saluda en los salones me llama conde Arminda. Para ellos soy oriundo de Caracas, capital de México... Y otra cosa: controle sus gestos. Desde hace medio siglo, la aristocracia inglesa viene cultivando el tono lánguido, la mirada aburrida. Lo que llaman "the stiff upper lip". (...)

En una época en que la aristocracia inglesa era todavía más ignorante que ahora, la languidez podía ocultar la barbarie de un lord, y disimular su ociosidad. Así surgieron escuelas

para enseñar los modales del tedio. Hasta se publicaron panfletos celebrando la nueva moda. Tengo aquí uno conmigo: The Folly of Enthusiasm, donde explica que un noble no va al teatro para divertirse o para vitorear, como la plebe, sino para aburrirse. Muestre que está aburrido, Bolívar, jáctese de su indolencia. No mueva tanto las manos. No deje que la cólera le oscurezca el rostro. Ya es demasiado con el sol de los trópicos. Tal vez tendría que usar polvos de arroz. ¿Por qué las cejas? Hay muchos diplomáticos que lo usan. Todo es cuestión de andar tieso y macilento. El decano de los embajadores en Londres es el barón Gustaffson, un sueco. Lo conservan en el cargo sólo porque nunca se recuperó de un ataque de apoplejía. Me fascina ese viejo monstruo. Todos los alambres que conectan el alma con su fisonomía han sido cortados. Su rostro está muerto. Cuando lo vea arrastrar lentamente los pies y pronunciar sus palabras con un farfullo, cuando observe su tiesa peluca amarilla sobre su máscara mortuoria, descubrirá por qué los ingleses lo consideran su igual. Y si no se ofende, mi amigo, consígase una peluca. Al marqués de Wellesley no le gustan esos peinados con moño. Le recuerdan las cabezas de los jacobinos. (pp. 36-37)

Esta representación de Miranda, quien goza lucirse en el ambiente frívolo de la alta sociedad descrito anteriormente por Mario Szichman, se complementa con otro punto de vista en *Bolívar, el hombre crucificado* de Mario H. Perico Ramírez. Testigo de la locuacidad y vanidad del prócer quien aprovecha las invitaciones a las tertulias de los salones ingleses para exhibir su erudición, Simón Bolívar lo caracteriza con una síntesis punzante:

Un megalómano de más completa hechura no he encontrado jamás. Las pocas intervenciones a que me dio permiso estaban saturadas de paréntesis por su parte. Él dictaba la clase y los demás tenían la obligación de escuchar. (p. 90)

La capitulación de Francisco de Miranda es un tema confuso y neurálgico que se presta a interpretaciones extremas en los estudios históricos. La rabia de Simón Bolívar contra el Generalísimo y el rol en su entrega luego de la fallida campaña militar y de la caída de Puerto Cabello, es el eje predominante para abordarlo en la narrativa.

En *Las dos muertes del General Simón Bolívar*, Mario Szichman se vale del recurso de la memoria. Bolívar yace en su lecho mortuario y, con su último aliento de vida, trae a colación la torpeza de Miranda y la derrota de Puerto Cabello con la subsiguiente entrega a las fuerzas realistas. Szichman presenta a Bolívar explicándose a sí mismo y aclarando aquel hecho puntual antes de morir en Santa Marta culpando a Miranda de arrogante e indeciso a la hora de atacar la cárcel perdida (pp. 133-135). En *Bolívar, el hombre crucificado* Mario H. Perico Ramírez retrata a un Simón Bolívar colérico que se desahoga con insultos hacia el Generalísimo. Mientras en este caso acusa a Francisco de Miranda de indecoroso, negligente y sádico por otorgar a la pérdida de Puerto Cabello una razón mentirosa que lo culpaba tácitamente, Ángel Miguel Rengifo ofrece una versión más mesurada de la capitulación. En *Miranda el hijo del mulato*, el escritor pinta con precisión las dificultades que agobiaban al ejército criollo: carencia de municiones, falta de disciplina en las tropas, e, incluso, la rebeldía de Simón Bolívar:

—Yo le envié a ese viejo decrepito un mensaje pidiéndole tropas de apoyo que pudieron haber llegado por la vía de Choroní, pero no las envié. Él es culpable de este desastre— dice

Bolívar lleno de ira.

Piar se dirige a Bolívar casi a gritos en defensa de Miranda.

—La Plaza se perdió por ineptitud suya y el haber hecho oídos sordos al consejo de sacar a esos prisioneros del castillo y llevarlos a tierra firme.

Como las cosas apuntan hacia un enfrentamiento sangriento entre el Capitán de la goleta y Bolívar, los otros oficiales que están presentes interceden para restablecer la paz. (p. 373)

La novela *Bolívar y Josefina* de Gladys Revilla Pérez y el estudio *Bolívar y la guerra social* del intelectual dominicano Juan Bosch ofrecen otros dos ejemplos de visiones conciliatorias sobre la capitulación. Así lo recrea Revilla Pérez:

—Según los informes del Puerto Rico lo llevaron a La Carrara, en Cádiz y seguirá preso, también mal de salud. La confianza que depositó en los que luchaban junto a él, lo hundieron. Con su capitulación sólo consiguió avivar más los odios de los realistas, por eso fue fácil que Monteverde lo acorralara y venciera sin piedad. Es inteligente, pero le faltó malicia. Pretendía tener bien organizada la tropa, y esperaba que los recursos financieros le cayeran del cielo, ocasionando la pérdida de Puerto Cabello con tantos desmanes. No llegó a pensar que con la furia de esos carajos, había que pelear hasta con los dientes, la guerra de Francia no era la misma de aquí, exigiendo tanta formación en la tropa, y eso no puede improvisarse. Si nosotros organizamos más esta tropa, el enemigo toma más ventaja, porque desde hace dos días esperan una sorpresa en los Cerritos.

—A mí me contaron que la pérdida de Puerto Cabello, se debió a la traición de una tal Francisco Fernández Vinoni.

—Me enteré de eso después, ellos mandaban la guarnición, y Miranda no supo defenderse, la culpa recayó en él. De haber sabido tal injusticia, no estuviera preso, demasiado tarde como todas las noticias buenas, me llegó para rectificar. (p. 64)

Juan Bosch, sugestivamente, ofrece una interpretación psicológica sobre la traición de Simón Bolívar al entregar a Francisco de Miranda. En *Bolívar y la guerra social*, Bosch lo plantea en términos de la ausencia del padre, vacío que Bolívar llena con Miranda:

Si esta suposición es buena, tenemos que aceptar que cuando a Bolívar se le presentaron, confundidas en una sola, la crisis personal y la crisis nacional, ambas originadas en la caída de Puerto Cabello, tuvo una conmoción psicológica que removió su subconsciente y lo llevó a castigar a don Juan Vicente Bolívar, el que le había abandonado cuando él era un niño de tres años. Pero don Juan Vicente no existía; Miranda había ocupado su puesto. Así, en la madrugada del 31 de julio de 1812, Bolívar hizo preso a don Juan Vicente en el cuerpo del Precursor Francisco de Miranda. (p. 97)

Asombrosamente, Ángel Miguel Rengifo ofrece la misma explicación en *Miranda el hijo del mulato*, coincidencia que merece la reproducción del fragmento:

Bolívar ve en Miranda al hombre providencial para incidir en los acontecimientos políticos de la joven nación. En lo personal surge un sentimiento filial que no había sentido nunca. "¡Que grande sería ser hijo de este hombre!" Es un afecto que guarda como un secreto en lo más íntimo, porque él, un hombre sin padre, anda en busca de un paradigma: un papá lleno de virtudes que no lo defraude. (p. 328)

Esta controversia sobre la capitulación se agita en *Las dos muertes del General*

Simón Bolívar con la inclusión del diálogo teatral como recurso estructural. Mario Szychman, de tal manera, despoja al texto de cualquier opinión del narrador y transfiere dicha polémica de los estudios históricos a la pura acción y discusión en voz alta de los mismos protagonistas del suceso. La magnitud histórica de este tema prefiere en esta novela la presencia directa de sus protagonistas.

El tema de la capitulación de Miranda merece para el dramaturgo Alejandro Lasser la escritura de *La entrega de Miranda o el maestro y el discípulo*.³ La posible traición de Bolívar y su sugerida culpabilidad por la derrota de Puerto Cabello, se apoderan de la trama de esta pieza teatral donde Bolívar acusa al Generalísimo de rendirse prematuramente ante el enemigo:

Monteverde no tenía municiones y usted lo sabía. No quiero pensarlo porque me enfermo. ¡Qué prisa tenía usted en capitular y marcharse para Inglaterra, a su tranquilo retiro de Londres! Un barco lo está esperando en el puerto. Pero a nosotros, a sus oficiales y soldados que le servimos lealmente, se nos prohíbe la salida. Ningún barco, excepto el suyo, puede salir del puerto por órdenes de Monteverde. Usted nos entregó al tirano, nos abandono a su venganza. En cambio, los oficiales extranjeros que usted trajo están todos a bordo. Usted se preocupó por salvarlos a ellos, no a nosotros. Usted no tuvo ni siquiera la delicadeza de despedirse de mí. También es verdad que un hombre que huye no tiene tiempo de despedirse de nadie. Usted no se despidió de mí porque nunca me concedió importancia. Se consideraba demasiado grande para mí. Usted había sido amigo de tanta gente celebre y yo sólo era un oscuro Coronel venezolano. Usted no oía mis opiniones y su trato para mí era condescendiente, displicente. Sepa usted que los americanos tenemos también nuestro orgullo y no somos tan salvajes; usted capituló porque usted no ama la libertad... (pp. 76-77)

Las siguientes selecciones de los sendos parlamentos de Miranda en *La entrega de Miranda o el maestro y el discípulo* de Alejandro Lasser y en *Bolívar, el hombre crucificado* de Mario H. Perico Ramírez, exhiben coincidentemente la furia de Simón Bolívar por no tener un papel más notable en la contienda contra los españoles y por haber quedado relegado a la retaguardia para defender el castillo de Puerto Cabello. Así le explica a Miranda el mismo Bolívar, anhelante de renombre, en la obra teatral de Lasser: "Yo estoy ansioso por distinguirme en un hecho de guerra, por ganar la gloria, esto no lo conseguiré cuidando el castillo sino el campo de batalla" (p. 28). Con una perspectiva similar sobre sí mismo, el Bolívar retratado en la novela de Perico Ramírez explica su recelo hacia Miranda:

Contra mi voluntad, Miranda me puso al mando de la guarnición de Puerto Cabello. Importante distinción, pero si Miranda hubiera comprendido mi carácter no me hubiera asignado esa comandancia por estar ella distante de mi forma de proceder. Yo soy tremendo hom-

³ Ver Nina Bruni, "Francisco de Miranda en el teatro de Venezuela: *La entrega de Miranda o El Maestro y el Discípulo* de Alejandro Lasser". La autora recalca los recursos estructurales utilizados por el dramaturgo (uso del tiempo, la intertextualidad, las escenas retrospectivas); también señala la perspectiva múltiple con que se presenta el tema de la capitulación, la relación entre Miranda y Bolívar, la visión singular de Miranda sobre la realidad venezolana, y su vida en Europa. Se explica también que dos personajes, Haynes y Soubllette, se asemejan al coreuta de la tragedia griega puesto que en la obra de Alejandro Lasser, ambos llevan a escena para conocimiento del público aquello que la historia sospecha u oculta.

bre de acción y no tengo pelos de perro guardián o de centinela. En todos los tonos le rogué a Miranda que me cambiara de sitio. No fui escuchado, su inhabilidad le llevaba a cometer ese tipo de errores odiosos, por cierto, porque cuando perdí a Puerto Cabello creí morir de vergüenza. De rabia, de impotencia. (pp. 94-95)

Mario Szichman, por su parte, incorpora en *Las dos muertes del General Simón Bolívar* un segmento teatral para replantear, con más saña, la capitulación y la posición recalitrante de Bolívar quien no se arrepiente de la entrega de Miranda ni acepta su culpa por la caída de Puerto Cabello. Así lo ratifica el mismo Bolívar:

no he entregado a Miranda para servir al rey, sino para castigar a un traidor (...) Por cierto que lo entregué a los españoles, y nunca me arrepentí de haberlo hecho. (pp. 199; 253)

Quizá la parte más trágica de la vida del prócer es su traslado y reclusión en el arsenal militar de La Carrara (España) en 1814, donde purgó una larga y penosa condena hasta su muerte el 14 de julio de 1816. Sin embargo, el Hermano Nectario María plantea algunas contradicciones sobre el encierro de Miranda en su libro *La verdad sobre Miranda en La Carrara*, publicado en 1964. Esta investigación se vale de documentación inédita del Archivo General de las Indias de Sevilla, del Archivo de la Iglesia de La Carrara, del Archivo General del Departamento Marítimo de Cádiz, en la ciudad de San Fernando, que encierra el de La Carrara y del "Public Record Office" de Londres. Con estos documentos, el religioso arriba mencionado, clarifica como testigo que visitara La Carrara, ciertos aspectos erróneos sobre los padecimientos de Miranda y los corrobora con precisas descripciones apoyadas en dichos documentos:

Debemos agradecer a las autoridades de la Metrópoli la lenidad en el trato que dieron a nuestro héroe: El cuarto que le fue asignado, espacioso, bien aireado, con vista sobre las tierras circunvecinas, el poder traer de la fonda una comida más abundantes y mejor preparada, y *los dos sirvientes que le asistieron* fueron, en cierto modo, medios que dulcificaron su encarcelamiento y la privación del ejercicio de su libertad.

Aún hay más, debemos decir en honor del Capitán General de Cádiz, don Cayetano Valdés, que de su propia iniciativa, para aliviar la suerte de Miranda, *dispuso la asignación de diez reales diarios, para subvenir a sus necesidades* (Hermano Nectario María, 1964:70)⁴.

A pesar de las precisiones que muchos estudiosos buscan ratificar a partir de la ciencia histórica, los padecimientos de Francisco de Miranda se tornan fuente de inspiración de escritores y de pintores quienes, con distintos matices, envuelven al héroe con un hálito de heroicidad. Arturo Michelena plasma con maestría el escenario de este encierro en *Miranda en La Carrara* (1896). Esta misma imagen la incorpora Denzil Romero en su novela *La tragedia del generalísimo* para marcar la agonía de Miranda

⁴ El autor apoya este fragmento con la nota número 11 en la misma página 70 con un fragmento del texto de la Consulta del 26 de junio de 1815 donde el Consejo dictamina de qué manera se manejarán los presos enviados por Monteverde. El Hermano Nectario María transcribe parte de este documento que se halla en el *Archivo General de Indias*, Caracas, legajo 388. Para mayores detalles sobre el cuarto asignado a Miranda y el trato esmerado del sirviente Pedro José Morán, consultar pp. 60-62 y 72, respectivamente.

quien, caóticamente, recurre al recuerdo para vencer la soledad y la muerte. En sus cavilaciones, ciertos retazos de sus experiencias europeas saltan del pasado y pueblan su mente: hechos, diálogos, situaciones, anécdotas, figuras, caras, colecciones artísticas, ciudades, vivencias⁵. De manera similar, Denzil Romero engarza, inconexa y esporádicamente, recuerdos donde Miranda hurga conscientemente para sobrellevar la angustia del encarcelamiento:

Añublos, limos, recuerdos. Cuántas horas solitarias en esta ingrima celda, generalísimo, sin más compañía que el trasgo de tus propios duendes, exhausto, a todas las esperanzas indiferentes, a todas las vivencias puesto de espalda, recordando, sólo recordando, con la mirada fija en ninguna parte, sin mirar, ... En el tañimiento de tu pecho sientes, ahora, la tentaruja de sus manos fosilizadas. En tu rostro, el revoleo de su aliento pestífero. Por eso prefieres llamar a gritos tus espectros. ¡Que vengan! ¡que vengan todos! Casa León y su tiempo, Bolívar, Mr. Turnbull, Villalta, Monteverde, tu edecán Soubllette, el general Cagigal, Washington, Cagliostro, Casanova, la Gran Catalina, Robespierre, Fouché, O'Reilly, La Plance, Voltaire, Joseph Haydn y sus oratorios, el temor a la guillotina, viajes, paisajes, mujeres, placeres, monumentos. Que se amontonen los recuerdos como una ribazón de peces furiosos. (Romero, 2002:132-133)

Carlos Pérez Ariza, por su parte, entreteje en *Pagadero al portador* remembranzas de conciertos de música clásica interpretada por compositores europeos; el protagonista, con este recurso, se evade de su entorno:

Puso su mano sobre la piedra húmeda y comenzó a escuchar el sonido de un lejano piano, que no venía de la realidad cercana a la fortaleza, sino de su escasa memoria auditiva. (...)
Miranda afinó su oído para recordar y escuchó a Mozart. Solos los dos en aquella soledad, vio como los muros se desplomaban a su alrededor. Como si las piedras cedieran a cada nota. Como un piano invencible e invisible que sólo él podía escuchar (...) (pp. 34-35)

La fina educación musical de Francisco de Miranda se ha convertido en un motivo recurrente en la historia y en la literatura. Ya en 1978, José Grigulevich hace referencia a la educación musical de Francisco de Miranda en *Francisco de Miranda y la lucha por la liberación de la América Latina* (p. 14). En el mismo año, Josefina Rodríguez de Alonso recupera en *El Siglo de las Luces visto por Francisco de Miranda* el encuentro entre Miranda y Haydn en el Palacio Esteráis (pp. 139-142). Por su parte, Miguel Castillo Didier nos sorprende por su minuciosa investigación titulada *La Música en la Vida y en el Archivo del Precursor*, publicada en Caracas en 1987 (pp. 13-35). El estudioso chileno indaga en *Colombeia*, título original de los Archivos de Miranda nombrados así por él mismo. Gracias a estos documentos, Castillo Didier estudia los músicos que Miranda conoció, sus nociones de música, sus ideas estéticas, su relación con la ópera, la música popular, los bailes y las danzas. Castillo Didier también selecciona y prologa *Diario de Viajes* de Francisco de Miranda, donde se revela que Miranda hace referencia a su encuentro con Haydn en su diario fechado en Austria el 28 de octubre de 1785 (p. 72). En su libro *Miranda en ocho contiendas* publicado en Caracas en 2005, Edgardo Mondolfi Gudat dedica un capítulo completo titulado *Mi-*

⁵ En *La última batalla del Generalísimo*, ensayo novelado de Edinson Pérez Cantor enumera minuciosamente estos momentos cumbres del recuerdo del Francisco de Miranda, pp. 46-48.

randa y la música. Con un estilo refrescante, ameno e informativo, el letrado y diplomático venezolano recorre y documenta con fuentes fehacientes la biografía musical de Francisco de Miranda (pp. 141-165).

Por tal razón, no ha de extrañarnos que la narrativa insista en incorporar al retrato de Miranda una amplia gama de otras experiencias musicales para enfatizar el refinamiento intelectual del protagonista. En su novela *La última batalla del Generalísimo*, Edinson Pérez Cantor lo desarrolla de la siguiente manera:

Recuerda extasiado "las seguidillas" manchegas, cantadas por mozas en Valdepaños, España. Recuerda los métodos para aprender flauta travesera y la escala de tonos y semitonos de A. Mahaut. "El Diccionario de la música" de Rousseau. "Los elementos de la música" de D'Alambert. Sus estudios de flauta en Caracas y Madrid. El viaje expreso a Hungría para conocer a Franz Joseph Haydn, maestro de capilla del príncipe de Esterhazy, y la larga e inolvidable conversación que sostuvieron sobre el género sinfónico y el Clasicismo Vienés: los oratorios, los cuartetos de cuerda, los tríos, las serenatas para piano, la ópera y, particularmente, "Las siete palabras", un concierto para violoncelo. Recuerda además, al compositor italiano Giuseppe Sarti, también maestro de capilla de la catedral de Milan. La música de Boccherini; el baile de la gracia, en Kherson; el maestro Garnier de Cádiz; a Jarnovique y su famoso violín en casa del príncipe de Ligné. (p. 51)

Denzil Romero tampoco olvida en *La tragedia del Generalísimo* a la predilección temprana de Francisco de Miranda por la ejecución de la flauta durante su juventud en Caracas (p. 47).

El imaginario mirandino mencionado en páginas anteriores, se fertiliza, en ocasiones exageradamente, con las proezas amorosas del Precursor, faceta presente con mayor o menor énfasis en el corpus literario de este artículo.

En *Pagadero al portador* de Carlos Pérez Ariza, Miranda, ya en La Carrara, sucumbe al recuerdo de las múltiples sirenas de su vida. La voz narradora da cuenta de sus aventuras amorosas:

En el campo del enamoramiento siempre fue un generalísimo. Todas las argucias, todas las reglas, vericuetos, estrategias y tácticas las conocía al detalle. Y en su práctica no tenía rival. 'Para cada dama —decía— hay una, exclusiva e insustituible, manera de atacar... y, a veces, dejarse atacar es la mejor forma de ganar una batalla. (p. 48)

Si en la novela anterior el enfoque es hiperbólico, en *La tragedia del Generalísimo* Denzil Romero lo delinea como hombre supererotizado, un libertino inconfesable quien practica un fetichismo inusual y sacia su apetito sexual por doquier. La omnisciente voz narradora en segunda persona explica con un extenso e ininterrumpido fluir de la conciencia las proezas sexuales de Miranda (pp. 34-37). El siguiente fragmento es una muestra de las extravagancias amorosas apuntadas:

con maneras exquisitas y bien templado pulso, procedes a retirar del mons veneris de la servida, un vello púbico; para ello usas una pinza previamente desinfectada que el marqués, salido de su mirardor-escondite, te ofrece aligero sobre una bandeja de plata; mientras la asustada muchacha comienza a imaginarse lo peor ... explicándole tú, tranquilizándote, que no quieres hacerle ningún daño, que sólo procuras un pendejo de su pubis, para guardarlo como re-

cuerto, para incorporarlo a tu colección. (p. 35)

La sensualidad de Francisco de Miranda y sus prácticas peculiares abiertamente expresadas en la cita anterior, se pueden cotejar con *La última batalla del Generalísimo* de Edinson Pérez Cantor. El héroe recuerda su experiencia amorosa y el obsequio que Madame Cristine Hall le ofrece el 7 de diciembre de 1787: "un corazoncito de oro, que traía al cuello, donde guardaba vellos de diferentes partes de su cuerpo." (p. 55). Para el escritor, este regalo podría ser el núcleo del anecdotario sobre aquel ritual ya mencionado (pp. 55-57). En términos generales, estas novelas desacralizan la vida amorosa del héroe y prefieren resaltar sus múltiples aventuras con un harén abigarrado de zarinas rusas o londinenses mojigateras, valoradas sólo como trofeos de una conquista fugaz.

La vida familiar ocupa un peldaño menor en la trama novelística; se hace referencia escueta a Sara Andrews, su amante más fiel, quien engendró a sus dos hijos: Leandro y Francisco. En la pieza teatral *La entrega de Miranda o el maestro y el discípulo* de Alejandro Lasser, Sara aparece muy protectora, oponiéndose a la empresa libertadora de Miranda. Similarmente, en *Pagadero al portador* de Pérez Ariza, el mismo Miranda reflexiona en la prisión sobre el poco afecto que guardaba por Sara:

un afecto lejano, un cariño medido, un recuerdo de mujer buena y madre de sus hijos. Intenta verla ahora, más es inútil. La visión de Sara es incombustible al recuerdo. Sabe que está allí, tras la piedra inerte, pero no se configura, y Miranda sabe porqué. Nunca le tuvo pasión a Sara. (p. 150)

El conjunto literario examinado pretende dibujar un prócer excelso, exteriorizando sólo los aspectos históricos trillados. La libre presentación de anécdotas y de ciertos aspectos de la vida del personaje se aparta de la historiografía. La recurrencia a la memoria del protagonista no se explota como recurso estructural porque apenas intercala algunos datos y las campañas del prócer. De así haber sido, los escritores hubieran indagado en la compleja psicología de Miranda para jaquear, una vez más, los sucesos históricos conocidos. Lamentablemente, la figura literaria de Miranda oscila entre recuerdos felices, tristezas y derrotas. Quizá lo magistral de esta figura sea su manifiesto estoicismo en el cautiverio, aferrado siempre a la esperanza de la libertad, sin gemir bajo el insoportable peso de los grillos. Lo irónico del destino del General es haber compartido la misma pérdida de la libertad sufrida en prisión por L'Ouverture y Bonaparte.

¿Quedará Francisco de Miranda en el imaginario como ser invisible, incorpóreo, enigmático, volátil, capaz de metamorfosearse en las múltiples situaciones tratadas en la literatura o se le concederá un trato justo y reivindicatorio en el discurso histórico y literario?

Bibliografía

Arciniegas, Germán (1963), *The green continent. A comprehensive view of Latin America by its leading writers.* Alfred A. Knopf, New York.

Biggs, James (1996), *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en su América.* Traducción del inglés y prólogo por José Nucete-Sardi. Los Te-

ques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos / BATM, Caracas.

Bohórquez Morán, Carmen L. (2006), *Francisco de Miranda. Precursor de las Independencias de la América Latina*. 3ª ed., Fundación Editorial El Perro y la Rana, Caracas..

Bohórquez Morán, Carmen L. y Christian Ghymers (coord.) (2006), *El papel de Miranda y su generación en la emancipación latinoamericana: identidad, integración regional y gobernabilidad*. 1ª ed., Ministerio del Poder Popular para la Cultura, Caracas.

Bosch, Juan (2000), *Bolívar y la guerra social*. 7ª ed. Dominicana, Editorial Alfa y Omega, Santo Domingo.

Bruni, Nina (2006), "Francisco de Miranda en el teatro de Venezuela: *La entrega de Miranda o El Maestro y el Discípulo* de Alejandro Lasser". Inédito. Ponencia presentada en Coloquio Francisco de Miranda: Precursor de la Independencia Hispanoamericana. Centre for Latin America and the Caribbean, The University of the West Indies, St. Augustine / Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela, 6 de abril de 2006.

Castillo Didier, Miguel (1987), "La Música en la Vida y en el Archivo del Precursor", *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n° 264, 1987, pp.13-35.

Castillo Didier, Miguel (1991), *Miranda y la senda de Bello. Tras las huellas de Homero, elogio de Virgilio y otros ensayos sobre el precursor*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.

- (2004), *Francisco de Miranda y la modernidad en América*, Fundación MAPFRE Tavera, Madrid.

González Batista, Carlos (2006), *Miranda en Coro*. Estado Falcón, Instituto de Cultura del Estado de Falcón / ICCEF, Venezuela.

Grigulévich, José (1978), *Francisco de Miranda y la lucha por la liberación de América Latina*, Casa de las Américas, La Habana.

Hernández González, Manuel (2006), *Francisco de Miranda y su ruptura con España*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas de Gran Canaria.

Hno. Nectario María (1964), *La verdad sobre Miranda en La Carrara*. 1ª ed. Publicación patrocinada por el Instituto Venezolano de la Cultura Hispánica de Caracas, Madrid.

Jiménez López, Hadelis Solangel y J.L. Salcedo Bastardo (2006), *Francisco de Miranda. La vida por un ideal*, Editorial Tecnocolor, Caracas.

Machado Allison, Carlos (2004), *La casa de Altigracia*. Caracas.

Madariaga, Salvador de (1959), *El ocaso del imperio español en América*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Márquez Rodríguez, Alexis (1990), *Historia y ficción en la novela venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Miranda, Francisco de (1982), *América espera*. Selección, prólogo y títulos J.L. Salcedo Bastardo, Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Miranda, Francisco de (1992), *Diario de Viajes*. 1ª ed. Selección y Prólogo de Miguel Castillo Didier, Monte Ávila, Caracas:.

- Mondolfi Gudat, Edgardo** (2005), *Miranda en ocho contiendas*, Fundación Bigott, Caracas.
- Naipaul, Vidiadhar Surajprasad** (1994), *A way in the world. A sequence*, Heinemann, London.
- Nucete Sardi, José** (s/f), *Aventuras y tragedia de Don Francisco de Miranda*. 3ª ed., Ministerio de Educación Nacional, Caracas.
- Pacheco, Carlos** (2001), *La patria y el parricidio. Estudios y ensayos críticos sobre la historia y la escritura en la narrativa venezolana*, Ediciones El otro el mismo, Mérida, Venezuela.
- Parra Pérez, C.** (1988), *Miranda y la revolución francesa*. 2ª ed., Ediciones Culturales del Banco del Caribe, Caracas.
- Parra, Iván Darío** (2000), *Francisco de Miranda y los símbolos venezolanos*, Parra Editores / Paedica, Maracaibo, Venezuela.
- Pérez Ariza, Carlos** (1997), *Pagadero al portador*, Editorial Betania, Madrid.
- Pérez Cantor, Edinson** (2003), *La última batalla del Generalísimo*, Mérida, Venezuela.
- Perico Ramírez, Mario H.** (2003), *Bolívar, El hombre crucificado*. 4ª ed., Editorial Códice Ltda., Colombia.
- Picón Salas, Mariano** (1997), *Miranda*. 2ª ed. Prólogo de Edgardo Mondolfi, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.
- Picón Salas, Mariano** (1953), *Obras selectas*, Ediciones Edime, Caracas.
- Pino Iturrieta, Elías** (2003), "Ese admirable musú nuestro" AA.VV., *Miranda, el extranjero*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, pp. 79-84.
- Quintero, Inés** (2006), *Francisco de Miranda*, El Nacional, Biblioteca Biográfica Venezolana, vol. 25; Banco del Caribe, Venezuela.
- Rangel, Domingo Alberto** (2006), *Miranda en la patraña*, Mérida Editores, Venezuela.
- Rengifo, Ángel Miguel** (2006), *Miranda el hijo del mulato*. Coro, Estado Falcón, Universidad Experimental Francisco de Miranda, Venezuela.
- Revilla Pérez, Gladis** (2002), *Bolívar y Josefina*. 4ª ed. Caracas.
- Robertson, William Spence** (1965), *Rise of the Spanish American Republics as told in the lives of their liberators*, The Free Press, New York.
- Rodríguez de Alonso, Josefina** (1978), *El Siglo de las Luces visto por Francisco de Miranda*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.
- Rojo, Violeta** (1996), "Verdades y Ficciones de Francisco de Miranda" en *Revista de literatura Hispanoamericana*, n° 32, enero-junio 1996.
- Romero, Denzil** (2002), *Amores, pasiones y vicios de la gran Catalina*. 1ª ed., Emecé, Buenos Aires.
- Romero, Denzil** (1984), *La tragedia del Generalísimo*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana.

Stendhal (1997), *Rojo y Negro*. 1ª ed., Editorial Óptima, Diciembre. Traducción cedida por Editorial Sopena, Barcelona.

Szichman, Mario (2004), *Las dos muertes del general Simón Bolívar*, Ediciones El Centauro, Caracas.

Uslar Pietri, Arturo (1969), *En busca del nuevo mundo*, Fondo de Cultura Económica, México.

Velásquez, María del Carmen (1965), *Hispanoamérica en el siglo XX*, Editorial Pormaca, SA de C.V., México.